



Margaret Atwood (Ottawa, Canadá, 1939) es una de las grandes voces de la literatura canadiense y de la literatura contemporánea en lengua inglesa a nivel mundial. Es una autora sumamente prolífica y posee un variopinto rango de intereses personales que, en gran medida, se traslucen en sus textos literarios.

De niña, creció en los bosques del norte de las provincias de Ontario y Quebec lo que fue origen de su gran interés y amor por los animales, la naturaleza y su posición militante en defensa del medio ambiente. No recibió educación formal hasta los 8 años, cuando empezó a acudir al colegio. Posteriormente, se formó en las universidades de Toronto, Cambridge (Massachusetts) y Harvard. Ha sido docente de lengua y literatura inglesa en diversas universidades canadienses y estadounidenses.

Es autora de más de cuarenta obras de ficción (novelas y colecciones de cuentos), narrativa infantil, poesía, volúmenes de teoría y crítica literaria, novelas gráficas, guiones para teatro, televisión, cine y libretos operísticos.

Varias de sus obras, entre ellas *El cuento de la criada*, se han adaptado al cine o a la televisión. La propia autora, en algunos casos, como en la adaptación de *El cuento de la criada* a la famosa serie de la HBO, ha participado como guionista en el proyecto. Incluso su novela *Maddaddam* se ha versionado en formato de videojuego.

Atwood ha recibido numerosos premios y reconocimientos nacionales e internacionales; entre ellos, podemos destacar: Booker Prize (2000); Príncipe de Asturias de las Letras (2008); Arthur C. Clarke Award for Imagination in Service to Society (2015); Franz Kafka International Literary Prize (2017); PEN Center USA Lifetime Achievement Award (2017), etc. Por *El cuento de la criada* fue nominada



para diversos premios, obteniendo el Governor General's Award for English language fiction (1985) y el Arthur C. Clarke (1987).

Poética narrativa de Margaret Atwood



Su vasta obra alberga multitud de temas e intereses, de los que podemos destacar los siguientes, sobre todo en referencia a sus creaciones en prosa:

- Pese a que la autora siempre matiza su interpretación del concepto «feminismo», muchas de sus obras pueden ser encuadrables dentro de la categoría de «ficción feminista» por el protagonismo del que dota a sus personajes femeninos – apenas existen narradores masculinos en sus obras– y por la lucha, en pro de su condición y derechos de muchos de estos personajes.
- El cuerpo, como espacio de reivindicación y lucha, en especial en el caso de personajes femeninos, es un tópico que cobra especial relevancia en sus textos.
- Muchas de sus tramas se sitúan en escenarios distópicos o postapocalípticos. Sin embargo, la autora siempre ha rechazado el encuadre de sus producciones bajo el concepto de «ciencia ficción» y ha reivindicado como más apto el de

«ficción especulativa» o el de «ciencia ficción social». De hecho, es famosa su irónica afirmación de que sus novelas «no se refieren a calamares en el espacio exterior» [«talking squids in outer space.»]. Esto no implica que, en muchas obras de ficción especulativa de la autora, se aluda a innovaciones tecnológicas y, sobre todo, a los avances de la biotecnología.

- La autora no solo ha explorado los horizontes de la «ficción especulativa» sino que, también, en algunas otras de sus narrativas, ha dado cabida a diversos enfoques de lo insólito: el gótico, lo fantástico, etc.
- Las tramas y personajes de Atwood se encuentran bien basados en términos históricos y geográficos; la autora busca apoyatura en fundamentos «plausibles» para desarrollar sus mundos ficticios.
- Su militancia política se refleja de forma muy abierta en sus obras donde, entre otras causas, se desarrollan situaciones sociales, económicas y/o medioambientales, que aluden a las amenazas que sufre, en la realidad, la humanidad y el planeta.
- El examen de la tensión ética a la que se ven sometidos los personajes, cuando el medio en el que se mueven incentiva actos de injusticia o crueldad, es también común en algunas de sus obras.
- La memoria y el pasado son fundamentales en muchas de sus ficciones: la situación de los eventos narrados, del estado de los personajes, se explica a través de un entramado de flashbacks que permite al lector reconstruir y posicionarse sobre el presente que se narra. Se pudiera afirmar, en este sentido, que Atwood nos presenta una arqueología emocional de sus personajes.
- Destaca el uso de la primera persona en muchas de sus ficciones; se dota así a los protagonistas de un fuerte poder evocatorio en cuanto a la narración y construcción de su identidad y de sus circunstancias.
- Sus personajes suelen presentárenos en un momento de crisis existencial, de encrucijada personal, y muchas de sus narrativas quedan suspendidas en el momento crucial, cuando el personaje ya ha optado por tomar decisiones y salir de su difícil coyuntura.



- La ironía es una de las estrategias textuales que la autora usa con frecuencia.
- Pese a la visión mayormente negativa del mundo y de la sociedad que se trasluce en sus novelas, Atwood suele abrir resquicios a una lectura positiva, a la confianza en que el poder de la creatividad y de las voluntades individuales superarán las dificultades y conflictos.
- Al igual que en su obra crítica, Atwood emplaza algunas de sus tramas en espacios geográficos canadienses, y reconstruye episodios de su historia (metaficción historiográfica) aportándole visibilidad a un territorio que, según ella habría sido relegado e ignorado dentro del mundo anglosajón y, en especial, en la relación cultural con su vecino del sur, Estados Unidos.

Fonte: <https://bibliotecas.unileon.es/tULEctura/2017/11/16/cuento-criada-margaret-atwood-guia-lectura/>

Utopías y distopías
El cuento de la criada
por Margaret Atwood
(2018, Revista de la Universidad de México)



Algunos libros persiguen al lector. Otros al escritor. *El cuento de la criada* se ha encargado de ambas cosas.

Desde su publicación inicial, en 1985, *El cuento de la criada* nunca ha dejado de circular. Ha vendido millones de ejemplares a nivel mundial y resulta abrumador que se haya traducido y editado tantas veces. Se ha vuelto una suerte de etiqueta para quienes escriben sobre orientaciones políticas que se proponen controlar a las mujeres, especialmente su cuerpo y función reproductiva: “*Parece algo sacado de El cuento de la criada*” y “*Aquí viene El cuento de la criada*” son ya expresiones comunes. Lo han prohibido en las preparatorias y ha inspirado blogs extraños en internet, donde se discuten sus descripciones de la represión de la mujer como si fueran recetas. Hay personas —no sólo mujeres— que me han enviado fotografías de su cuerpo tatuado con frases de *El cuento de la criada*; las más frecuentes son *Nolite te bastardes carborundorum* y *¿Hay alguna pregunta?* El libro ha tenido varias dramáticas encarnaciones, entre ellas una película (con guion de Harold Pinter y bajo la dirección de Volker Schlöndorff) y una ópera (de Poul Ruders). Los que festejan Halloween,

y también quienes asisten a manifestaciones de protesta, se visten de criadas —estos dos usos de su indumentaria reflejan su doble naturaleza—. ¿Es cosa de entretenimiento o se trata de una funesta profecía política? ¿Puede ser ambas cosas?

Cuando estaba escribiendo el libro yo no me esperaba nada de esto.

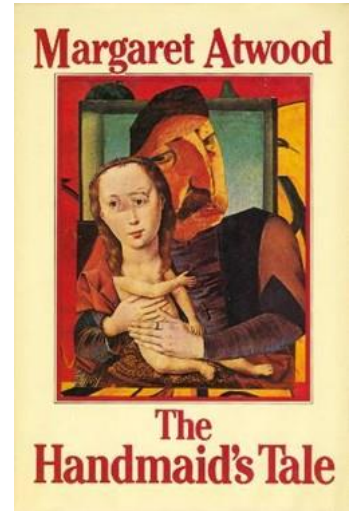
Empecé su escritura hace casi treinta años, en la primavera de 1984, cuando vivía en Berlín occidental, en ese entonces todavía rodeado por el infame Muro. Al principio no se llamaba *El cuento de la criada* —



se titulaba Offred—, pero en mi diario tengo anotado que el título cambió el 3 de enero de 1985, cuando ya llevaba escritas casi 150 páginas.

Pero eso es casi todo lo que puedo señalar. A pesar de que en mi diario hay muchas notas sobre el libro que había estado escribiendo justo antes de empezar *El cuento de la criada* —una saga en múltiples niveles ambientada en Latinoamérica que se anegó y hubo que dejar a la deriva—, he notado que casi no escribo sobre este último.

Mi diario contiene las típicas quejas de los autores, tales como: “Lucho por encontrar mi camino de vuelta a la escritura después de una larga ausencia; pierdo el coraje o, en lugar de eso, pienso en los horrores de la publicación y en aquello de lo que me acusarán en las reseñas”. Están las notas sobre el clima, con menciones especiales a la lluvia y a los truenos. Hice una crónica del descubrimiento de la falda de burbuja, una fuente permanente de júbilo; cenas, con listas de quiénes fueron y qué se cocinó; enfermedades, las mías y las de otros y las muertes de amigos. Están los libros leídos, los discursos dados, los viajes realizados. Están los conteos de páginas; como aliciente para continuar, tenía el hábito de escribir el número de páginas completadas. Pero no hay ninguna reflexión precisa sobre la composición o el tema del libro; quizá fue porque pensé que sabía hacia dónde iba y no sentí la necesidad de hacerme preguntas al respecto.



Recuerdo que escribía a mano, luego lo transcribía con una máquina de escribir y después garabateaba en las páginas mecanografiadas para dárselas a un copista profesional: las computadoras personales estaban en pañales en 1985. Veo que me fui de Berlín en junio de 1984, regresé a Canadá, pasé un mes en la Isla Galiano en Columbia Británica, escribí hasta el otoño y después pasé cuatro meses, a principios de 1985, en Tuscaloosa, Alabama, donde coordiné una maestría. Ahí terminé el libro; la primera persona que lo leyó fue mi colega escritora Valerie Martin, que también estaba ahí en ese tiempo. Me acuerdo de que me decía: “Creo que ahí tienes algo”, aunque ella recuerda haber tenido un mayor entusiasmo.

Mi diario está vacío del 12 de septiembre de 1984 a junio de 1985 —no hay absolutamente nada anotado, ni siquiera sobre faldas de burbuja—, aunque mis conteos de páginas hablan de que estaba escribiendo a la velocidad de la luz. Hay una críptica anotación del 10 de junio: “La semana pasada terminé de editar *El cuento de la criada*”. Para el 19 de agosto ya se habían leído las pruebas. El libro se publicó en Canadá en el otoño de 1985; recibió algunas críticas de desconcierto y, en ocasiones, de mucha ansiedad —“¿Podría pasar aquí?”—, pero yo no comenté nada sobre ellas en mi diario. Veo que el 16 de noviembre hay otra queja de escritora: “Me siento como si me hubieran succionado todo por dentro”; a lo que agregué: “Pero funcional”.

El libro se publicó en el Reino Unido en febrero de 1986 y, al mismo tiempo, en Estados Unidos. En el Reino Unido, que había tenido su momento Oliver Cromwell hacía algunos siglos y no estaba de humor para repetirlo, la reacción surgió por el lado de “Una historia estupenda”. Sin embargo, y a pesar de una reseña desdeñosa de Mary McCarthy en el *New York Times*, era más factible que en Estados Unidos la reacción fuera algo parecido a “¿Cuánto tiempo nos queda?”.



Las historias sobre el futuro siempre parten de la premisa del “qué tal si”, y *El cuento de la criada* tiene varias. Por ejemplo, si quisieras tomar el poder en Estados Unidos, abolir la democracia liberal y establecer una dictadura, ¿cómo lo harías? ¿Cómo sería tu relato de cobertura? No se parecería a ninguna forma de comunismo o socialismo: ésos serían demasiado impopulares. Quizás usaría el nombre democracia como una excusa para abolir la democracia liberal; eso no está descartado, aunque yo no lo consideré posible en 1985.

Los países nunca construyen estrategias de gobierno aparentemente radicales sobre fundamentos que no sean preexistentes; así fue como China sustituyó una burocracia de Estado con otra similar bajo otro nombre, como la URSS sustituyó la temida policía secreta imperial con una aún más temida, y así. El fundamento profundo de Estados Unidos —así lo pensaba yo— no fueron las estructuras ilustradas republicanas comparativamente recientes del siglo XVIII, con su discurso de equidad y su separación entre la Iglesia y el Estado, sino la teocracia de mano dura de la Nueva Inglaterra puritana del siglo XVII —con su marcada tendencia antimujeres—, para la cual un periodo de caos social sería la sola oportunidad que necesitaría para restablecerse.



Como la teocracia original, ésta elegiría algunos pasajes de la Biblia para justificar sus acciones y tendería fuertemente hacia el Viejo Testamento, no hacia el Nuevo. Ya que las clases dirigentes siempre se aseguran de tener los mejores y más exclusivos bienes y servicios, y que uno de los axiomas de la novela es que el occidente industrializado está en peligro, los bienes exclusivos y deseados incluirían mujeres fértiles —de una u otra forma, siempre en la lista de deseos humanos— y el control reproductivo. ¿Quién debe tener bebés, quién debe hacerse cargo de esos bebés, a quién hay que culpar si algo sale mal con esos bebés? Los seres humanos se han ocupado de estas cuestiones durante mucho tiempo.

Habría resistencia ante este régimen, así como clandestinidad e incluso una organización clandestina. En retrospectiva, y en vista de las tecnologías disponibles en el siglo XXI para el espionaje y el control social, éstas parecen demasiado fáciles. Desde luego que el régimen de Gilead habría tomado acción para eliminar a los cuáqueros, como hicieran sus predecesores puritanos del siglo XVII.

Me impuse una condición: no incluiría nada que los seres humanos no hubieran hecho ya en algún lugar y en alguna época, ni nada para lo que no existiera ya una tecnología. No quería que me acusaran de haber creado invenciones oscuras y torcidas, o de distorsionar el potencial humano para tener un comportamiento deplorable. Las ejecuciones en la horca activadas en grupo, la destrucción de seres humanos, la indumentaria específica de castas y clases, el parto forzado y la apropiación de sus resultados, los niños robados por los regímenes para ser criados por oficiales de alto rango, la prohibición de la alfabetización, la negación de derechos patrimoniales: todos tenían precedentes, y muchos de ellos se hallaban no en otras culturas y religiones sino dentro de la sociedad occidental y dentro de la propia tradición “cristiana”. (Pongo “cristiana” entre comillas porque creo que mucho del comportamiento y doctrina de la Iglesia como institución social y política durante los dos milenios de su existencia le habría resultado una aberración a la persona en cuyo nombre se inspira.)



A *El cuento de la criada* a menudo se le describe como una “distopía feminista”, pero ese término no es tan acertado. En una distopía feminista simple y pura, todos los hombres tendrían más derechos que todas las mujeres; tendría una estructura en dos niveles, con los hombres arriba y las mujeres abajo, pero Gilead es la típica dictadura: en forma piramidal, con los poderosos de ambos sexos en el ápice, los hombres casi siempre superando a las mujeres del mismo nivel, y luego niveles descendentes de poder y estatus con hombres y mujeres en cada uno, hasta abajo, donde los hombres que no están casados deben hacer el servicio militar antes de ganarse una econoesposa.

Las criadas mismas son una casta paria dentro de la pirámide: atesoradas por lo que pueden proveer —su fertilidad—, pero intocables más allá de eso. Poseer una es, sin embargo, símbolo de un estatus alto, tal como siempre lo ha sido tener muchos esclavos o una comitiva grande de sirvientes.

Debido a que el régimen opera bajo la imagen de un puritanismo extremo, estas mujeres no son consideradas un harem con intenciones de proveer placer, además de hijos; más que decorativas, se les considera funcionales.

En el libro logré conjuntar tres cosas que siempre me habían interesado. La primera es mi interés por la literatura distópica, algo que comenzó con mi lectura adolescente de *1984* de Orwell, *Un mundo feliz* de Huxley, y *Fahrenheit 451* de Bradbury, y que continuó a lo largo de mi época de posgrado en Harvard al principio de la década de 1960. Una vez que te ha intrigado una forma literaria, siempre tienes un secreto deseo de escribir un ejemplo propio. Lo segundo fue mi investigación sobre los Estados Unidos de los siglos XVII y XVIII, que era de particular interés para mí, debido a que muchos de mis predecesores vivieron ahí en ese tiempo. La tercera fue mi fascinación por las dictaduras y cómo funcionan, algo que no es inusual en una persona nacida en 1939, tres meses después de que estallara la Segunda Guerra Mundial.



Tal como la Revolución estadounidense, la Revolución francesa y las tres grandes dictaduras del siglo XX —digo grandes porque ha habido más, entre ellas las de Camboya y Rumania—, y tal como el régimen puritano de la Nueva Inglaterra antes que él, un idealismo utópico fluye por las venas de Gilead, junto con un elevado principio, su sombra permanente, el oportunismo sublegal y la propensión de los poderosos a deleitarse con delicias sensuales prohibidas para todos los demás. Pero tales escapadas a puerta cerrada deben permanecer ocultas, pues el régimen plantea como su razón de ser la noción de que está mejorando las condiciones de vida, tanto físicas como morales, y, como todos los regímenes del tipo, depende de quienes realmente crean en él.

Quizá fui demasiado optimista al terminar *El cuento de la criada* con un absoluto fracaso. Ni siquiera *1984*, la más oscura visión literaria, termina con una bota hundiéndose en la cara humana para hacerla polvo



para siempre, ni con un derrotado Winston Smith embriagado de amor por el Big Brother, sino con un ensayo sobre el régimen escrito en tiempo pretérito y en un inglés estándar. De forma similar, a través de Maine y de Canadá, yo le permití a mi criada un posible escape; y también permití que hubiera un epílogo, desde una perspectiva donde han pasado a la historia tanto la criada como el mundo donde vivió. Cuando me preguntan si *El cuento de la criada* está a punto de “volverse realidad”, me recuerdo a mí misma que hay dos futuros en el libro, y que si el primero se vuelve realidad, puede ser que el segundo lo haga también.

El cuento de la criada es un libro muy visual. Quienes carecen de poder siempre ven más de lo que dicen. Es muy acertado que las ilustraciones de la edición de The Folio Society hagan eco tanto del sabor como de la paleta de color de las décadas de 1930 y 1940, era en que surgieron las grandes dictaduras —y la representación y marca, por decirlo de alguna manera, del futuro Gilead, que comparte con el don estadounidense para los eslóganes atractivos el interés por la propaganda y la presentación. En esos momentos incómodos en que me doy cuenta de que estoy tratando de convencerme hasta a mí misma de la viabilidad de mi propia creación funesta, éste es el aspecto que me parece más factible.

Fuente: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/7c157364-6559-48bc-838f-252be70dd5fe/el-cuento-de-la-criada>

¿Qué hay detrás del "fenómeno" Margaret Atwood?

Por Mónica López Ocón (Tiempo Argentino, 2017)

La escritora canadiense llegó a un público masivo cuando su novela *El cuento de la criada*, luego de replicarse en varios formatos, se convirtió en serie televisiva. Los mecanismos que consagran a una creadora que hace afirmaciones incómodas y que cuestiona los fundamentos de la sociedad patriarcal.

A esta altura, en pleno siglo XXI, no debería ser noticia que una mujer sea noticia. Sin embargo, basta con repasar las notas de la mayoría de los medios tanto en soporte papel como digital, para comprobar que todavía no se ha naturalizado el protagonismo femenino en el área de la cultura, ni en ninguna otra.

La razón de este fenómeno es muy sencilla: la sociedad continúa siendo patriarcal a pesar del incremento de la participación femenina en todas las áreas. No sorprende que J.K. Rowling se haya vuelto multimillonaria ya que la saga que la consagró en todo el mundo está dirigida a niños y adolescentes, un universo que prejuiciosamente suele considerarse femenino. Si resulta más llamativo que se convierta en un ícono cultural una mujer cuyas ideas resultan un poco – incómodas - como la escritora canadiense Margaret Atwood que este año visitó la Argentina.

Candidata al Nobel, defensora de los derechos femeninos, detractora de Donald Trump y multigalardonada, recibió el Premio de la Paz de los Libreros alemanes en el marco de la Feria del Libro de Frankfurt, la mayor del mundo. En la historia de esta distinción, por supuesto, abundan los hombres y figuran algunas mujeres destacadas como Susan Sontag o Svetlana Alexiévich, Premio Nobel de Literatura 2015.



Hasta hace no mucho tiempo, en la Argentina el nombre de Margaret Atwood sólo era significativo para escritores, críticos, lectores especializados o docentes de literatura. Este año, sin embargo, se convirtió en un verdadero fenómeno como bien lo demostró su presentación en la Biblioteca Nacional a instancias de su director, Alberto Manguel. En ese marco la escritora se permitió frases irónicas como "Mi propuesta comienza con que las mujeres son personas, una idea bastante radical."

Lo interesante de su postura frente a la mujer es que plantea su lugar en el mundo desde un punto de vista político, no como una mera guerra de géneros, una elemental batalla entre hombres y mujeres. Para muestra, como suele decirse, basta un botón: "Con el primer bebé de probeta - dijo durante su visita al país - hubo gran revuelo y eso ahora no se cuestiona, pero ahora la derecha plantea que las mujeres vuelvan a tener muchos hijos porque si siguen sin nacer niños, en algún punto, se va a terminar la humanidad. Pero la discusión sobre cuántos bebés tienen que nacer o si se deben robar es tan vieja como la Biblia".

Puede decirse que fue con *El cuento de la criada* que Atwood recibió el reconocimiento masivo. Esta novela distópica plantea un mundo en que debido a la toxicidad del medio ambiente, la tasa de natalidad disminuye de manera drástica, razón por la cual los jerarcas políticos se ocupan de tener mujeres fértiles asignándolas como criadas. Esta novela fue traducida a más de cuarenta lenguas. En 1990 fue llevada al cine. Luego inspiró un ballet y una ópera y más tarde se convirtió en novela gráfica. Por último, terminó de consagrarse entre el gran público con una serie televisiva de MGM/Hulu. En ella, la autora tiene un pequeño cameo.

Sin duda, Atwood, de 78 años, se ha convertido en un fenómeno. Quizá parezca banal preguntarse por qué cuando las razones están a la vista: es una gran escritora, el tema de la novela que comenzó a escribir en 1984 tiene hoy una gran vigencia y supo de qué manera hablarle no sólo a un reducido grupo de lectores o especialistas, sino a una mayoría. Todas estas cosas son ciertas e indiscutibles: Atwood es muy talentosa, su talento fue reconocido y celebrar su creación es un acto de justicia.

Sin embargo, la conversión de un escritor en "fenómeno" siempre parece tener un costado sospechoso. Las sospechas, en este caso como también en otros, no tienen que ver con el escritor sino con los mecanismos consagratorios que se ponen en marcha con total independencia de su persona. En una nota escrita para el suplemento "Radar" de Página 12, Atwood escribió que entre las "cepas" que confluyen en la novela figura el robo de niños argentinos durante la dictadura. Por eso, a la luz de hechos como la decisión de la Justicia de que alguien que cometió crímenes de lesa humanidad como Etchecolatz tenga prisión domiciliaria cabe preguntarse por qué es invitada oficialmente al país alguien que, es obvio, no tendría una relación empática con ese hecho. "El control de las mujeres y los bebés - afirma la escritora en la nota mencionada- es un elemento de cada régimen represivo del planeta".





Tampoco la actitud de Atwood frente a las mujeres condice con la visión de un presidente que no duda en afirmar que a las mujeres les gusta que las piropen incluso si el piropo es una grosería. En la misma nota, la escritora persiste en las afirmaciones “incómodas”: “¿El cuento de la criada está en contra de la religión? - dice reproduciendo una pregunta que le hacen con frecuencia-. De nuevo, depende qué significa la pregunta. Ciertamente, un grupo de hombres autoritarios toman el control y tratan de restaurar una versión extrema del patriarcado, en el que las mujeres, como los esclavos del siglo XIX, tienen prohibido leer. Más aún, no pueden tener dinero ni empleos fuera de sus casas, como algunas mujeres de la Biblia. El régimen usa símbolos bíblicos, como lo haría cualquier régimen autoritario que se apropiara de Estados Unidos: no sería un régimen comunista o musulmán.” Atwood concluye que su libro no es antirreligioso, sino que “está en contra del uso de la religión como una fachada para la tiranía, que es algo completamente distinto”.

La escritora no responde a un modelo de intelectual fácilmente “vendible” o convertible en fenómeno. Pero en la era de la comunicación los métodos de neutralización de los discursos disidentes se ha sofisticado hasta tal punto que parecer resultar más eficaz promover un libro que quemarlo. No hay nada nuevo en esto. Hasta el más reaccionario de los mortales sería capaz de vestir una remera del Che Guevara una vez que se han puesto en marcha los mecanismos de pasteurización ideológica correspondientes capaces de convertir a un revolucionario en un ícono de la moda. Esto no sucede sólo con políticos y revolucionarios sino con todo aquel que haga cuestionamientos molestos. ¿No se lo ha visto al mismísimo Macri jugando a ser peronista? La banalización es un arma política muy poderosa que consiste en apropiarse de los discursos disidentes y repetirlos hasta desactivarlos. El mecanismo no es argentino sino universal y no se pone en marcha sólo con los activistas políticos.

Quizá pueda entenderse en este marco parte de la moda Margaret Atwood tanto en Argentina como en todos los países en que se constituyó en un fenómeno. Y esto nada tiene que ver con su persona, sus ideas ni sus maravillosos textos, sino con un eficiente mecanismo triturador de ideologías que las esconde poniéndolas en la vidriera.

Dicho esto, hay que decir también que es altamente recomendable llevarse un libro de Margaret Atwood al sillón, a la cama o la playa, no porque figure entre los top ten del verano, sino porque es una escritora talentosa cuya lucidez puede ayudarnos a entender un poco más el mundo, si somos capaces de leerla no como un fenómeno de mercado, sino como una voz que se rebela ante lo instituido.

Fonte: <https://www.tiempoar.com.ar/nota/que-hay-detras-del-fenomeno-margaret-atwood>

Para saber más:

- [Cría hijos \(Página 12\) \[reseña sobre a serie de tv\]](#)

